

Jordi GRACIA. *José Ortega y Gasset*, Taurus, Madrid (2014), 669 pp.

En 1938, a propósito de la conmemoración del centenario del nacimiento de Goethe, se hacía Ortega la siguiente pregunta: «¿Hay hoy algún europeo que se encuentre en la disposición adecuada para celebrar centenarios?». Crisis europea —que a la postre, decía, equivalía a la crisis del mundo— no significaba en su opinión sino el derrumbe de todo clasicismo: el pasado, el tesoro de los métodos, de pronto se nos vuelve insuficiente ante un presente y un porvenir que exigen con urgencia el ensayo de nuevas fórmulas, capaces de resolver el problema de un escenario vital inédito. Una «hora de peligro» ésta en la que la vuelta al clásico corre el riesgo de convertirse en mera idolatría, adoración de piezas de museo. «Lo más fácil que puede hacerse sobre una cosa es escribir un libro sobre ella» —afirmaba— «lo difícil es vivir *de* ella». Un pueblo en crisis no puede vivir ya de la herencia de sus clásicos, es un proletario intelectual. En 2014 hemos cumplido el centenario de la publicación de *Meditaciones del Quijote*; en el mismo año, la editorial Taurus ha publicado en su colección «Españoles Eminentes» una nueva biografía sobre Ortega de la mano de Jordi Gracia (*Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo* [1996], *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* [2004], *El intelectual melancólico. Un panfleto* [2011], entre otras obras). ¿Estamos nosotros en condiciones de celebrar centenarios, de volver a nuestros clásicos?

Valiéndose de la obra filosófica de Ortega y de la correspondencia que mantuvo con sus familiares y entorno afectivo, intelectual y político (entorno que engrosan nombres como Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Gregorio Marañón, Francisco Navarro Ledesma o Joaquín Costa, entre tantos otros), Gracia trata de mostrar la progresiva configuración del pensamiento orteguiano a partir de las motivaciones vitales del filósofo en cada una de sus etapas, trata de «entender desde sus cartas y desde sus textos los pasos de la maduración moral, emocional e intelectual de un personaje con altísimo control

de las decisiones sobre su vida, sus planes y sus proyectos». Nada más acertado que hablar aquí de un «personaje»: el autor evita ofrecernos una caracterización monolítica y laudatoria; en su lugar, nos muestra un Ortega protagonista de la línea narrativa de su íntima existencia, inmerso en la tensión dramática resultante de la confrontación de sus propias metas e ideales con la resistencia del entorno circunstante. Nos lo muestra —recurriendo a aquella imagen que tanto le gustaba emplear a nuestro filósofo— naufrago en la sustancia particular de su vida.

El ideal orteguiano de la biografía «desde dentro» se cumple en este trabajo con escrupulosidad, logrando, por lo general, evitar incurrir ni en el mero anecdótico ni en el culto idólatra y monumental. Mostrar a Ortega *desde dentro* significa llevar al clásico más allá de sí mismo —con las mismas dosis de respeto que de sentido crítico—, entender la unidad indisoluble que forman su vida y su obra para evidenciar, al cabo, dónde quedó ésta incompleta y dónde resultó insuficiente. Significa, por lo tanto, mostrarlo en la persecución de su singular proyecto vital, inscrito en una trayectoria en la que cristalizan determinación e inseguridad, acierto y error, éxito y fracaso. Así lo advierte el autor ya desde las primeras líneas que dan apertura al libro: «Ésta es la historia de una frustración y es también la historia de un éxito insuficiente». Historia de una vocación no consumada o, a lo sumo, consumada a medias, cabría añadir.

El Ortega demasiado humano de Jordi Gracia aparece como aquel talento precoz y algo altivo, tempranamente consciente de su potencial, de su capacidad para influir en su entorno y para situarse en el eje de la vida intelectual del país; es un sujeto altamente exigente consigo mismo, dispuesto a desviarse lo menos posible de un programa vital previamente trazado —«¿Esculpir mi alma», decía, a pesar de que, como él mismo llegaría a reflexionar y a experimentar en carne propia, la circunstancia oprime esta trayectoria ideal hasta el punto de desviarla con frecuencia—, decidido a asumir la soledad radical que supone la «vida heroica» (única vida auténtica y moralmente honesta) en un ambiente nacional caracterizado por el achabacanamiento y el «instinto fracasador»; es también aquel joven acometido de intermitentes ardores nietzscheanos que le



acompañarían durante gran parte de su vida, movido prontamente (al impulso de esa voluntad de autenticidad y autoexigencia) a viajar a Alemania para disciplinarse en el *pathos* gótico.

Pero tal vez lo más interesante de este estudio sea el modo en que profundiza en aquella vida de *centauro* que llevó siempre nuestro filósofo madrileño, en aquella vocación suya transeúnte entre la filosofía y la política, de rebote y por pura necesidad (la necesidad a la que tantas veces aludía de predicar en patria de infieles) condenada a desplegarse en un ámbito periodístico que detestaba. Aprendió Ortega en sus años de peregrinaje por tierras germanas, nos dice el autor, que «el saber y la acción, la acción y el saber» son dos «vertientes siempre entrelazadas o que se entrelazan sin querer». Allí donde puede hablarse de una filosofía orteguiana, trasluce su convicción sobre la capacidad transformadora de la realidad que poseen las ideas —tan intensa era esta convicción, que en ciertos puntos de su obra las ideas llegarían a tener un estatus superior al de los hombres que las sustentan—.

El Ortega filósofo no puede comprenderse (ni debe concebirse) al margen del Ortega con «vocación de reformador a lo grande»: su labor filosófica se cimienta sobre el deseo de radiografiar el alma española y de elaborar un plan de paliación de la incultura y la liviandad moral ambientes; se cimienta en aquella gran obsesión suya que era Europa, la europeización, precisamente, como cura de los males de España, como sinónimo de cultura y ciencia; se cimienta en aquel compromiso suyo con un liberalismo de corte socialista, progresivamente despojado de su cariz revolucionario y declinante hacia el conservadurismo ideológico, pero siempre en defensa del espacio de radical libertad individual que deben garantizar las instituciones. Una vocación *bifurcada* que nos ilustra Jordi Gracia y que se resume del modo que sigue: «Sin teoría no hay práctica política eficiente». Política debía significar, según decía, algo más que la actividad en las tribunas, debía entenderse como la síntesis

de todo gesto social; de ahí que su filosofía tuviese siempre en el punto de mira una labor pedagógica de transformación profunda de la vida colectiva.

Este Ortega políticamente comprometido y activo, pese a sus fracasos, en la vida política oficial —la *leyenda* sobre su desinterés por la militancia, por cierto, es una de las que trata de desmentir esta biografía, junto con otras como su supuesta adhesión al franquismo o su «impotencia filosófica»— es, así pues, inseparable del filósofo de la razón vital, de aquel *experimento* de «testa celtíbera» dispuesta a domesticar el impresionismo mediterráneo de su alma con el rigor del pensamiento sistemático. Porque, en efecto, ansió culminar un tratado filosófico cerrado. Según Gracia, «hasta se le hizo obsesión» —¿a qué vendrían, de lo contrario, sus constantes referencias a Hegel a tenor de la importancia del sistema o su sugerencia de que cada uno debía tratar, en lo posible, de formarse su propio sistema?—. Una carencia de la que se ha hablado tendidamente y que, pese a todo, no «invalida su obra más valiosa como ensayista y pensador».

Ortega es ya uno de nuestros clásicos. ¿Estamos en condiciones de volver a él, de *vivir de él*? Su obra nos habla de crisis (particularmente de eso que desde hace algún tiempo está en boga llamar crisis de valores), nos habla de los nacionalismos, del anquilosamiento de las instituciones políticas y su desajuste respecto a la sensibilidad espontánea del pueblo —hoy se escucha con frecuencia aquello de «no nos representan»—, nos habla de la indolencia de las masas, de la insuficiencia de la universidad española y de la necesidad inagotable de llevar la cultura un paso más allá de donde la dejaron nuestros predecesores. Todo esto nos suena inevitablemente actual. Para inyectar nueva vida a su obra, nada mejor que tratar de comprender dónde quedó frustrada, y esta comprensión es, quizás, la virtud más evidente de la biografía que nos ofrece Jordi Gracia.

Francisco Javier CLEMENTE MARTÍN

